



LA CELESTINA

FERNANDO DE ROJAS

Texto adaptado:
FRAN
ZABALETA

Ilustraciones:
JUAN RAMÓN
ALONSO



sm



La Celestina

Primera edición: diciembre de 2013

Quinta reimpresión: febrero de 2019

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Coordinación editorial: Gabriel Brandariz

Cubierta e ilustraciones: Juan Ramón Alonso

Diseño: Estudio SM

Maquetación: Lara Peces

© del texto: Fran Zabaleta, 2008

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2013

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (511) 614-8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Gráfica Esbelia Quijano S. R. L.

Jr. Recuay 255, Urb. Chacra Colorada,

Breña, Lima, Perú

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-316-050-0

Registro de Proyecto Editorial: 31501311900089

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2019-01317

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

LA CELESTINA

FERNANDO DE ROJAS

Adaptado por Fran Zabaleta





LA CELESTINA

FERNANDO DE ROJAS

Adaptado por **Fran Zabaleta**
Ilustraciones **Juan Ramón Alonso**



Personajes por orden de intervención

CALISTO	Joven noble, enamorado de Melibea.
MELIBEA	Joven noble, enamorada de Calisto.
CELESTINA	Vieja alcahueta manipuladora.
SEMPRONIO	Criado principal de Calisto.
PÁRMENO	Criado de Calisto.
PLEBERIO	Padre de Melibea.
ALISA	Madre de Melibea.
ELICIA	Protegida de Celestina.
AREÚSA	Protegida de Celestina.
LUCRECIA	Joven doncella de Melibea.
TRISTÁN	Sirviente secundario de Calisto.
SOSIA	Sirviente secundario de Calisto.
CENTURIO	Fanfarrón y pendenciero, culpable del destino final de los protagonistas...

Acto I

Sucedió un día que a Calisto, joven de familia noble, se le escapó un halcón con el que se entretenía. Persiguiéndolo, entró en una huerta donde se encontró con una muchacha tan hermosa y gentil que allí mismo cayó rendido de amor a sus pies. Pues de cuando en cuando la Divina Providencia nos depara sorpresas que cambian el tranquilo curso de nuestras vidas. Así le sucedió a Calisto, y así reaccionó el joven nada más averiguar que la doncella se llamaba Melibea...

CALISTO: En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA: ¿En qué, Calisto?

CALISTO: En que le dio poder a la naturaleza para crearte tan hermosa, y en que a mí, sin merecerlo, me ha permitido conocerte en este lugar, el más conveniente para mostrarte mi pasión. Los santos que gozan de la presencia de Dios no disfrutan más que yo ahora al contemplarte. Pero hay una gran diferencia, pues ellos no temen perder su felicidad y yo, sin embargo, me atormento pensando en el dolor que tu ausencia me va a causar.

MELIBEA: ¿Tanto te agrada mi presencia, Calisto?

CALISTO: Tanto que, si Dios me diese un lugar en el cielo delante de todos sus santos, no me causaría tanta felicidad.

Melibea es moza gentil, cierto, pero también ingeniosa y perspicaz. Sorprendida por un amor tan repentino y algo enojada por su atrevimiento, decide burlarse un poco del impetuoso pretendiente.

MELIBEA: *(Con ironía.)* Pues, si sigues así, Calisto, yo te daré un premio aún mayor.

CALISTO: *(Sin sospechar la burla.)* ¡Oh, bienaventuradas orejas mías, que no sois dignas de lo que habéis escuchado!

MELIBEA: Descuida, que serán desventuradas cuando acabes de oírme, porque la paga será tan fiera como se merece tu atrevimiento. ¿Cómo se te ocurre tratar así a una mujer virtuosa como yo? ¡Vete, vete de aquí, torpe, que no tengo paciencia para soportar tus intentos!

Al escucharla, Calisto ve que sus esperanzas se desmoronan y queda con el semblante desencajado.

CALISTO: Me iré, pues, tan desdichado como aquel a quien la Fortuna odia cruelmente.

Calisto regresa a su casa desesperado por la fuerza de su amor y por el rechazo de Melibea. No está habituado a que le menosprecien, así que por el camino el humor se le va agriando. Nada más llegar, se dirige a sus habitaciones y llama a gritos a su criado Sempronio.

CALISTO: ¡Sempronio, Sempronio!
¿Dónde está ese maldito?

SEMPRONIO: Aquí estoy, señor. *(El mozo aparece en la cámara tras un buen rato.)*

CALISTO: ¡Anda, malvado, abre las ventanas y arregla la cama!



El criado se dispone a hacer lo que le ordena su señor, pero Calisto le interrumpe:

CALISTO: No, mejor cierra las ventanas, deja que las tinieblas acompañen mi desdicha. ¡Oh, bienaventurada muerte, que desean todos los afligidos! ¡Oh, médicos Galeno e Hipócrates! Si vinieseis ahora, ¿daríais con la causa de mi mal?

SEMPRONIO: *(Extrañado.)* ¿Pues qué sucede, señor?

CALISTO: ¡Vete de aquí! ¡No me hables, no sea que la rabia me ciegue y acabe por matarte!

SEMPRONIO: *(Se encoge de hombros.)* Me iré, ya que quieres sufrir solo.

CALISTO: ¡Vete con el diablo!

SEMPRONIO: *(Murmurando para sí entre enfadado y burlón.)* No creo que venga conmigo el que contigo se queda... *(Sin embargo, obedece y comienza a alejarse mientras reflexiona sobre la extraña actitud de su amo.)* ¿Pero qué le ha pasado a este hombre, que tan rápido le han robado la alegría y, lo que es peor, el seso? ¿Y qué hago yo ahora: le dejo solo o entro? Si le dejo, se mata; si entro, me mata. ¡Ea, pues que se quede solo! Si se mata, quizá pueda sacar yo de ello algún beneficio. Claro que puede

que me cuelguen si muere. ¿Y no dicen los sabios que tener con quien llorar las penas reconforta a los que sufren? ¡Ah, no sé qué hacer! Entraré, pues, lo sufriré y lo consolaré...

Pero el criado no tiene tiempo de poner en práctica su decisión. Desde el interior de la habitación, Calisto interrumpe sus pensamientos con una orden a voz en grito.

CALISTO: ¡Sempronio, trae el laúd y cántame la canción más triste que conozcas!

El sirviente se apresura a regresar a la estancia y a obedecer a su amo.

SEMPRONIO: *Mira Nerón de Tarpeya
a Roma cómo se ardía:
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.*

CALISTO: *(Con aire de profundo dolor.)* Mayor es mi fuego y menor la piedad de quien yo me sé...

SEMPRONIO: *(Asombrado.)* ¿Cómo puede ser mayor el fuego que atormenta a una sola persona que el que quemó una ciudad entera y a toda una multitud?

CALISTO: ¿Cómo, Sempronio? ¡Yo te lo diré! La llama que arde ochenta años es mayor que la que se apaga en un día, y la que quema un alma es mayor que la que abrasa cien mil cuerpos. Por cierto que, si el fuego del purgatorio es así, antes preferiría que mi espíritu se fuese con los de los animales que ir a la gloria pasando por él.

SEMPRONIO: *(Murmurando para sí con estupor.)* Pues sí que está mal mi amo, que se ha vuelto un hereje...

CALISTO: ¿Qué mascullas, Sempronio?

SEMPRONIO: Digo, señor, que eso que has dicho suena a herejía.

CALISTO: ¿Por qué?

SEMPRONIO: Porque va en contra de la religión cristiana.

CALISTO: ¿Y a mí qué me importa?

SEMPRONIO: *(Espantado y confundido.)* ¿No eres cristiano?

CALISTO: ¿Yo, cristiano? ¡Melibeo soy, a Melibea adoro, en Melibea creo y a Melibea amo!

Al escuchar tales desvaríos, Sempronio se sonríe al fin, discretamente, y asiente para sí con astucia. ¡Así que tanto lío y lo único que sucede es que Calisto se ha enamorado!

SEMPRONIO: ¡Ahora comprendo de qué pie cojeas, señor! Pues descuida, que yo te sanaré.

CALISTO: Lo que prometes me parece imposible.

SEMPRONIO: Nada de eso, al contrario, pues conocer la enfermedad es el comienzo de la salud.

CALISTO: ¿Y cuál crees que es mi enfermedad?

SEMPRONIO: Que amas a Melibea.

CALISTO: ¿Solo eso?

SEMPRONIO: ¿Te parece poco, tener la voluntad cautiva de una sola mujer?

CALISTO: ¡Qué poco sabes de constancia, Sempronio!

SEMPRONIO: Insistir en el error no es constancia, sino testarudez, amo.

CALISTO: Pues bien que te precias de adorar a tu amiga Elicia.

SEMPRONIO: Haz lo que digo y no lo que hago.

CALISTO: ¿Qué me reprochas?

SEMPRONIO: Que sometas la dignidad del hombre a la imperfección de una simple mujer.

CALISTO: ¿Mujer? ¡Oh, grosero! ¿Cómo te atreves a llamarla mujer? ¡Melibea es Dios, mi Dios! ¡Por Dios la tengo, y no creo que haya otro Dios en el cielo, pues ya está aquí en la tierra, entre nosotros!

Incapaz de contenerse más, Sempronio rompe a reír, meneando la cabeza ante tanto desvarío y murmurando para sí: «¡Menuda blasfemia, vaya necesidad!». Después, recomponiendo el semblante, le suelta a su amo un buen sermón.

SEMPRONIO: ¿Pues no dice Salomón que las mujeres y el vino hacen a los hombres abandonar su religión? Paganos, judíos, moros y cristianos, todos están de acuerdo en estas cuestiones. Si es cierto que hubo algunas mujeres santas y virtuosas, también lo es que la mayoría son ligeras, osadas y de ánimo alterado. ¿Pues qué hay de sus disimulos, su inconstancia, su charlatanería, su lujuria y sus hechicerías? ¿Acaso no fue

Eva la que expulsó a Adán del paraíso? ¡Huye de sus engaños, señor, que es muy difícil entenderlas, que actúan sin guiarse por la razón!

Calisto escucha a su criado con interés, pero, cuando este termina, sacude la cabeza al borde de la desesperación.

CALISTO: No sé qué me pasa, Sempronio. Cuanto más te escucho, más la quiero. ¿Por qué tengo que fiarme de ti en cuestión de mujeres? ¿Qué sabes tú, quién te enseñó?

SEMPRONIO: ¿Quién? ¡Ellas, señor, que desde el momento en que se destapan pierden la vergüenza y actúan como te he dicho! Así que menos quejas y estímate en lo que vales, que acumulas muchos méritos.

CALISTO: ¿Méritos, yo?

SEMPRONIO: ¿Quién si no? Para empezar, eres hombre y la naturaleza te dotó de hermosura, gracia, fuerza y ligereza. Y también la Fortuna ha sido generosa contigo, pues nada te falta y todos te aprecian.

CALISTO: Todos menos Melibea. Y cuanto has dicho de mí, puedo decirlo yo de Melibea: fíjate en la nobleza de su familia, en su riqueza, en sus virtudes y su hermosura. Déjame que te la describa, así se aliviará mi pena... *(Sempronio disimula como puede su fastidio, pues no le apetece lo más mínimo escuchar el sermón de su amo. Claro que Calisto, enamorado al fin y al cabo, ni se da cuenta)*. Comenzaré por los cabellos. ¿Conoces las madejas de oro fino que hilan en Arabia? Pues sus cabellos son más lindos y no resplandecen menos. Y le llegan hasta los pies, de forma que le basta peinárselos y trenzarlos para convertir en piedras a los hombres...

SEMPRONIO: *(Mascullando para sí con guasa.)* ¡En asnos, más bien!

CALISTO: ¿Qué dices?

SEMPRONIO: ¡Digo que sus cabellos no serían cerdas de asno!

CALISTO: ¡Pero qué bruto eres, qué comparación! Bueno, sigo: sus ojos son verdes y rasgados; las pestañas largas; la nariz mediana; la boca pequeña; los dientes menudos y blancos; los labios colorados y gorduzuelos; la piel tan blanca que oscurece la nieve. Sus manos son menudas; los dedos largos. Y el resto de su figura no pude verlo, pero me lo imagino perfecto...

SEMPRONIO: ¿Has acabado, amo?

CALISTO: Lo antes que he podido.

SEMPRONIO: Puede que todo lo que dices sea cierto, pero tú, por ser hombre, eres más digno. Pero para que no te desesperes, yo te ayudaré a cumplir tu deseo.

CALISTO: ¡Oh, ojalá lo hicieras! Me agrada mucho oírte, aunque no espero que lo consigas.

SEMPRONIO: Descuida, señor, que lo haré.

CALISTO: Si lo consigues, te regalo el jubón que me puse ayer.

Sempronio le da las gracias. «Con regalos así, y otros que sin duda vendrán, haré cuanto esté en mi mano por llevar a Melibea hasta tu cama, descuida», piensa muy contento. Pues acaba de darse cuenta de que, si maneja el asunto con cuidado, podrá sacar una buena tajada del enamoramiento de su señor.

CALISTO: ¿Y cómo has pensado ayudarme?

SEMPRONIO: Hace tiempo que conozco a una vieja barbuda, a la que llaman Celestina, que es alcahueta, hechicera y experta en todo tipo de maldades.

CALISTO: ¿Podría hablar con ella?

SEMPRONIO: Yo te la traeré. Mientras la busco, prepárate. Y cuando venga, sé amable con ella, franco y sincero.

CALISTO: ¡Pues no tardes, vete!

SEMPRONIO: Ya voy. Quede Dios contigo.

Cuando Sempronio se marcha, Calisto comienza a dar vueltas de un lado para otro de la cámara, hablando en voz baja como si estuviera acompañado. «¡Oh, Dios todopoderoso, Tú que guías a los perdidos, guía a mi Sempronio para que convierta mi pena en alegría!», reza, abandonándose a la esperanza y la impaciencia. Mientras tanto, la vieja Celestina se halla a la puerta de su casa, disfrutando del fresco de la tarde, cuando ve acercarse a Sempronio. Al momento, con cierta alarma, desaparece en el interior de la vivienda y desde el patio interior comienza a gritar.

CELESTINA: ¡Elicia, Elicia! ¡Que viene Sempronio, Elicia! *(Al poco, una muchacha medio desnuda se asoma a la puerta de una de las habitaciones del piso superior con cara de espanto.)*

ELICIA: ¡Ay, Señor, pues está aquí Crito!

CELESTINA: ¡Mételo en el cuarto de las escobas, apura! ¡Y a Crito dile que viene tu primo y que no puede verte con él!

Mientras Elicia hace lo que la vieja le dice, Celestina acude a recibir y entretener a Sempronio, que entra ya en la casa.

CELESTINA: ¡Sempronio, hijo mío, qué alegría! ¡Anda, dame un abrazo! ¿Cómo has podido pasar tres días sin venir a vernos? ¡Elicia, Elicia, mira quién ha venido!

ELICIA: ¿Quién, madre? *(Asomándose a la barandilla y poniendo cara de sorpresa.)* ¡Ay, maldito seas, traidor! ¡Así mueras por crímenes dignos de muerte cruel, en manos de la justicia! ¡Ay, ay!

SEMPRONIO: *(Sonríe, divertido, pues conoce bien el motivo de tanta queja.)* ¿Pues qué te sucede, Elicia? ¿Qué te he hecho?

ELICIA: ¡Hace tres días que no vienes a verme!

SEMPRONIO: ¡Calla, señora mía! ¿Crees acaso que la distancia es capaz de apagar el fuego que arde en mi corazón? Allá donde voy, conmigo vas... *(Se detiene al escuchar unos ruidos procedentes del piso superior y pone cara de recelar algo turbio.)* ¿Qué pasos resuenan arriba?

ELICIA: *(Riéndose, nerviosa.)* ¿Pasos? ¡Será un amante mío!

SEMPRONIO: *(Algo mosca.)* No me extrañaría...

ELICIA: ¡Pues es verdad! ¡Sube a verlo, anda! *(Desafiante.)*

SEMPRONIO: ¿A que subo?

CELESTINA: *(Trata de calmar los ánimos.)* ¡Anda, anda! ¡No hagas caso de esta locuela, que está trastornada por tu ausencia! Ven, hablemos, cuéntame a qué has venido, no perdamos el tiempo.

SEMPRONIO: Ya, pero ¿quién está arriba?

CELESTINA: Una moza que me encargó un fraile.

SEMPRONIO: ¿Qué fraile?

CELESTINA: ¡Y dale! El abad, el gordo...

SEMPRONIO: Enséñamela, entonces.



LA CELESTINA

Adaptación de FRAN ZABALETA
Ilustraciones de JUAN RAMÓN ALONSO

FERNANDO DE ROJAS

ISBN 978-612-316-050-0



9 786123 160500

Hecho en el Perú

152934